

La promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación (JPIC) en la acción misionera de san Antonio María Claret como arzobispo de Santiago de Cuba

The promotion of justice, peace and the integrity of creation (JPIC) in the missionary action of Saint Anthony Maria Claret as Archbishop of Santiago de Cuba

Fecha recibido: 24/01/2023 - Fecha publicación: 8

Carlos Enrique Sánchez Miranda, CMF¹

Resumen

En este artículo sobre JPIC y solidaridad, se buscó responder al interrogante sobre lo que significa hoy promover la justicia, la paz y la integridad de la creación en un contexto de crisis mundial. Está dirigido a quienes trabajan codo a codo con otros para tratar de superar esta dura crisis, recordando que en muchos países no se trata de una crisis reciente, sino de prolongados años de injusticias, de corrupción interna, de luchas por el poder y de violencia fratricida. Últimamente, la crisis económica ha tocado a todos, como un despertador ético que recuerda que juntos, corremos la misma suerte en este planeta.

Palabras Clave: Claret, Misión, Exigencias del evangelio, Solidaridad profética, Progreso.

Abstract

In this article on JPIC and solidarity, we sought to answer the question about what it means today to promote justice, peace and the integrity of creation in a context of world crisis. It is addressed to those who are working hand in hand with others to try to overcome this harsh crisis, remembering that in many countries it is not a recent crisis, but long years of injustice, internal corruption, power struggles and violence. fratricidal. Lately, the economic crisis has touched everyone, like an ethical alarm clock that reminds us that together, we run the same luck on this planet..

Keywords: Claret, Mission, Demands of the gospel, Prophetic solidarity, Progress.

Introducción

Quiero manifestar mi alegría por participar en este Taller con vosotros, que venís de diferentes puntos del mundo, donde nuestra Congregación trabaja por promover la justicia, la paz y la integridad de la creación como parte de su labor misionera. Doy las gracias al P. Miguel Ángel Velasco, prefecto general de Apostolado, quien me ofreció

¹ Misionero claretiano. Consultor General y Prefecto de Espiritualidad y Vida Comunitaria de la Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María. Correo electrónico: carlossanchezcmf@yahoo.es

este encargo. Si bien, en un primer momento, no quise aceptar para no distraerme en el trabajo de mi Tesis, al final, esta es la posibilidad de profundizar en la dimensión social de la vida nuestro Padre Fundador, y espero que sea una aportación iluminadora para vuestro trabajo misionero.

Estamos en Vic, lugar histórico porque albergó nuestro nacimiento carismático, pero, también, una ciudad que desafía nuestra misión hoy. Su población supera los 41.000 habitantes, de la cual, alrededor del 25 % somos migrantes, es decir, entre 4.000 a 5.000 familias que han dejado sus pueblos y culturas en busca de mejores condiciones de vida y se han encontrado, inesperadamente, con el muro de la falta de trabajo y de la recesión, que les impide alcanzar sus sueños y, en muchos casos, los devuelve frustrados a sus tierras o los condena a vivir en una creciente pobreza. En medio de un mundo que prometía progreso y bienestar para todos, experimentamos lo que el Papa Benedicto XVI dijo en su encíclica *Caritas in veritate*:

La riqueza mundial crece en términos absolutos, pero aumentan también las desigualdades. En los países ricos, nuevas categorías sociales se empobrecen y nacen nuevas pobrezas. En las zonas más pobres, algunos grupos gozan de un tipo de superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora. Se sigue produciendo el escándalo de las disparidades hirientes. (N.º 22)

Como cristianos hemos tomado conciencia de que las exigencias del evangelio en el campo social nos conducen, necesariamente, a superar las básicas rutas de la caridad y de la solidaridad, para reconocer que hay una estructura social, económica y política, donde se deciden el presente y el futuro de los pueblos. El desarrollo de una conciencia crítica iluminada por el evangelio nos abre al diálogo ciudadano en democracia y a buscar juntos la promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación. El concilio Vaticano II nos invitó a despertar del espiritualismo que nos aletargaba en el refugio de una devoción intimista y alejada de la vida real. El Magisterio social de la Iglesia nos ha ido brindando el alimento necesario para convertirnos en cristianos adultos que conviven en una sociedad y aportan la luz del Evangelio.

Nuestra Congregación también ha tomado conciencia de estos desafíos. El magisterio emanado de los capítulos generales, de las circulares de nuestros padres generales y de los documentos de nuestros encuentros congregacionales han remarcado el sentido misionero de este trabajo, baste recordar un número de nuestro último documento capitular *Hombres que arden en caridad* (2009), donde se percibe el sentido global y envolvente de este compromiso en nuestra vida y misión:

Reafirmaremos, asimismo, la prioridad congregacional por la solidaridad profética con los empobrecidos, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, de modo que esto repercuta en nuestro estilo de vida personal y comunitario, en nuestra misión apostólica y en nuestras instituciones.

Necesitamos profundizar el sentido carismático de este compromiso social, no podemos afrontarlo como podría hacerlo cualquier otro grupo que no tiene ni nuestra fe ni nuestro don carismático. No se trata de aislarnos diferenciándonos, sino de ser nosotros mismos en medio de la pluralidad. Nuestro trabajo en misión compartida, en medio de amplias redes eclesiales y sociales, nos exige mayor fidelidad al don particular que hemos recibido en la Iglesia. Por esto, necesitamos volver la mirada a las fuentes de nuestro carisma, especialmente, a la vida y misión de nuestro Padre Fundador, que es la semilla de este fecundo árbol del que formamos parte.

En esta oportunidad nos acercaremos solo a un aspecto de la vida de Claret: su trabajo social como obispo en Santiago de Cuba. Nos restringimos a estos años de su vida porque consideramos que allí se encontró especialmente desafiado por realidades sociales que le exigieron respuestas creativas y audaces que pueden iluminar nuestro actual momento histórico.

Hace un año hice un viaje a Santiago de Cuba para animar una tanda de Ejercicios Espirituales y tuve la gracia de visitar todas nuestras comunidades y convivir con los hermanos. Lo traté de vivir como un encuentro con Claret, incluso, preparé materiales que me ayudasen a visitar los lugares históricos más significativos que él frecuentó, pero fui sorprendido al constatar, interiormente, que nuestro Fundador continuaba vivo en Cuba a través de sus misioneros, que se juegan la vida con una presencia discreta y misericordiosa en medio de tantas privaciones y controles. Vosotros habéis hecho un viaje largo y os encontráis en Vic, tierra claretiana por excelencia. Os propongo que hagamos un gran esfuerzo con la imaginación y el corazón para acompañar, a lo largo de este día, a Claret en sus viajes de ida y vuelta por el Atlántico y nos detengamos de forma especial en Santiago de Cuba para contemplar su compromiso social en los seis años y dos meses que permaneció allí. Este viaje puede ser un buen recurso pedagógico para dejarnos interpelar y animar por su inspiración misionera.

¡Comencemos esta larga travesía! Ante todo, necesitamos tomar dos actitudes fundamentales que nos ayuden a aprovechar mejor este viaje. En primer lugar, *abrir la mente*. Empezar un viaje de dos siglos atrás, requiere que dejemos de lado los prejuicios que nuestra sensibilidad actual ha construido frente a los estilos del, despectivamente, llamado siglo *decimonónico*; solo así podremos asumir las claves de sus coordenadas históricas con su peculiar forma de comprender la vida social, la eclesiología, la espiritualidad y la pastoral. El paso de mediados del siglo XIX a comienzos del XXI está marcado por una serie de cambios acelerados que han afectado al mundo entero y, también, a la Iglesia. Claret, por más que para nosotros está vivo y nos acompaña en el espíritu, fue un hombre de su tiempo: sus pensamientos, sus escritos y sus acciones son fruto de una mentalidad personal condicionada por la Iglesia y la sociedad de un siglo convulso, que necesitamos conocer y comprender. Por lo tanto, necesitamos, también, *una acogida cordial*. La vida y misión de Claret son un don para nosotros, con sus aciertos y sus desaciertos. Es fácil caer en la tentación de no acoger al otro como es, sino de manipularlo, en este caso, de hacerle decir lo

que deseamos escuchar o hacerle callar lo que no nos agrada. No es poco frecuente leer o escuchar a claretianos que sobredimensionan o extraen de su contexto algunas anécdotas o citas para justificar sus intereses o para criticar los ajenos. Trataremos de acercarnos a su testimonio, conscientes de estos peligros y con apertura de mente y corazón, en la medida que podamos.

Bien dispuestos, nos unimos a Claret en los preparativos para cruzar el Atlántico. Luego, nos embarcaremos, en Barcelona, en el vapor *La Nueva Teresa Cubana* y, una vez llegados a *La Perla del Caribe*, nos aproximaremos a la acción social del arzobispo misionero en su vasta archidiócesis. Trataremos de descubrir las claves de su actuación, el sentido de su dedicación y los criterios de su compromiso. Después de observar de cerca sus seis años y dos meses de arzobispo residencial, zarparemos en el buque *Pizarro* para regresar, desde la Habana, con el futuro confesor de la reina Isabel II. Emprendamos nuestro recorrido.

De Cataluña a Cuba: sellado por una identidad misionera indeleble

Durante dos meses, Claret hizo todo lo posible por renunciar al nombramiento de arzobispo, así lo expresó en su autobiografía (495): “Así es que con el mayor esfuerzo rechazaba todas las instancias que me hacían el Señor Nuncio de Su Santidad, el Excmo. Sr. Brunelli y el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, don Lorenzo Arrazola...” Al día siguiente de recibir el comunicado de su elección, el 12 de agosto de 1849, expuso al Nuncio sus razones en su Epistolario Claretiano (desde ahora EC):

La primera porque no gusto de dignidades..., la segunda porque me echa por tierra todos mis apostólicos planes... Viendo la grande falta que hay de predicadores evangélicos y apostólicos en nuestro territorio español, los deseos tan grandes que tiene el pueblo de oír la divina palabra y las muchas instancias que de todas partes de España hacen para que vaya a sus ciudades y pueblos a predicar el Evangelio, determiné reunir y adiestrar unos cuantos compañeros celosos y hacer con otros lo que solo no puedo. (58.3)

Concluyó la carta esgrimiendo su principal argumento: “Mas, así yo me ato y concreto en un solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo: ni aun en este punto pequeño del globo podré predicar tanto como quisiera, porque he visto con mis propios ojos los muchos negocios a que tiene que atender un arzobispo” (p. 306).

El Nuncio y el Ministro no se resignaron a esta respuesta y acudieron al obispo de Vic, D. Luciano Casadevall, quien *ordenó* a Claret no rechazar esta petición porque le parecía que respondía a la voluntad de Dios. Ante esta intervención, Claret escribió: “Este precepto me estremeció. Por una parte, no me atrevía a aceptar, y, por otra, quería obedecer” (Aut. 496). Solicitó un tiempo de recogimiento para discernir. Al final de este proceso y habiendo pedido a sus amigos de mayor confianza que según Clotet (1947) –citado por Fernández– fueron “el D. Jaime Soler, rector del seminario y vicario general capitular de Vic; D. Jaime Passarell, secretario del obispo Casadevall; D. Pedro Bach, director espiritual de Claret; y D. Esteban Sala, el cofundador

claretiano de más confianza (p. 565)”– que le ayudasen a discernir, el 4 de octubre, escribió al Nuncio: “después de mucha oración ha resuelto mi director espiritual que era voluntad de Dios que aceptase el nombramiento para el Arzobispado de Cuba a lo que humildemente me rindo” (EC 1, p. 321).

¿Por qué se resistió tanto Claret a aceptar la mitra? En 1849, lo encontramos como un hombre de 42 años de edad que sabía muy bien lo que quería en la vida, estaba convencido del don que había recibido para servir al pueblo; ya quedaban muy atrás los difíciles años de desconcierto y de búsqueda vocacional que experimentó al dejar la industria textil.

Recordemos los principales pasos vocacionales: el discernimiento en Barcelona, el intento de ser monje cartujo, la marcha a Vic para formarse como sacerdote, los cuatro años de cura en su parroquia natal, el viaje a Roma para ofrecerse a las misiones extranjeras, el intento de hacerse jesuita y, por fin, el retorno a Cataluña, donde fue enviado como coadjutor en la parroquia rural de Viladrau.

En 1841, Claret había comenzado, de forma sencilla y sigilosa, en medio de las prohibiciones del gobierno liberal, a predicar la Palabra de Dios a través de misiones populares solapadas. Después del éxito de las tres primeras, se ofreció a su obispo para dedicarse de forma exclusiva a esta dura y arriesgada evangelización itinerante.

Toda la década de los 40 fue una constante confirmación de su vocación misionera. En julio de 1841, recibió de la Santa Sede el título de Misionero Apostólico, que para él significó el sello de su identidad en la Iglesia. En esta década, Claret fue testigo de la sed que el pueblo tenía de la Palabra de Dios, por eso se dedicó a recorrer sin descanso los difíciles caminos de Cataluña y de las islas Canarias, escribió muchos libros y avisos, fundó con D. José Caixal la Librería Religiosa, dio numerosos ejercicios espirituales al clero y fundó distintas asociaciones laicales y sacerdotales para evangelizar, especialmente, la Casa-misión de Vic.

Claret consideraba que la mitra episcopal ponía en peligro, no solo sus planes apostólicos, sino, sobre todo, su vocación de misionero universal. Cuando el anciano arzobispo escribió su autobiografía (Aut.), se encargó de resaltar en los números que están en torno al relato de su ordenación episcopal que el hombre que caminaba hacia la catedral de Vic para ser ungido como obispo, por encima de todo, era un misionero. En los números previos escribió: “En este tiempo hice los ejercicios al Clero de Gerona e hice la Misión en la Ciudad, predicando todos los días desde un balcón de *Casa Pastors* a un gentío innumerable que ocupaba la plaza, escalinata y atrio de la Catedral...” (Aut. N.º 497).

Después de la consagración, antes de zarpar hacia Cuba, relató su despedida de Cataluña como una auténtica campaña misionera:

... Al llegar a Igualada... prediqué el Día de Todos los Santos, y al día siguiente fui a Montserrat, en que también prediqué. Luego pasé a Manresa... por la noche les prediqué... Al día siguiente..., por la tarde, pasé a Sallent, mi Patria... por la noche les prediqué desde un balcón de la plaza, porque en la iglesia no habrían cabido. Al día siguiente... por la mañana pasé a Nuestra Señora de

Fusimaña... celebré y prediqué...; de allí pasé a Artés, en que también prediqué; luego a Calders, y también prediqué, y fui a comer a Moyá, y por la noche prediqué. El día siguiente pasé por Collsuspina, y también prediqué, y fui a comer a Vich, y por la noche prediqué. Pasé a Barcelona, y prediqué todos los días en diferentes iglesias y conventos, hasta el día 28 de diciembre, en que nos embarcamos.

Esta insistencia en “prediqué... prediqué...”, podría interpretarse como la forma con que Claret quería expresar que, pese a aceptar la mitra, no había renunciado a su identidad misionera, al contrario, que vivía un difícil proceso existencial que le permitiese ubicar el nuevo ministerio recibido desde su centro carismático personal.

Además de estas predicaciones, Claret se dedicó a consolidar las obras ya comenzadas y a preparar su viaje. Buscó consolidar la Librería Religiosa en manos de D. José Caixal y la Casa-misión de Vic, en las del P. Esteban Sala, conocido como *el Hereu* por ser el sacerdote más compenetrado con el espíritu de Claret. También se dedicó a reclutar a sus futuros compañeros de misión; llama la atención que de las 13 personas que eligió, 9 eran sacerdotes apostólicos que él mismo conquistó en sus correrías misioneras.

Una vez embarcados en la fragata *La Nueva Teresa Cubana*, dejémonos sorprender por la originalidad del nuevo obispo. Al narrar el viaje nos contó que el mal tiempo les obligó a hacer una escala de tres días en Málaga, veamos en qué se ocupó en esta escala obligada: “Entre tanto, en aquellos días me dieron ocupación. Y prediqué quince sermones en la Catedral, Seminario, a los estudiantes, a los conventos, etc.” (Aut. N.º 504). El resto del viaje se organizó entre momentos de oración, formación y recreación, y durante quince días emprendió una misión a bordo, él mismo nos lo cuenta: “Al llegar al Golfo de las Damas, yo empecé la misión encima de la cubierta. Todos asistían, todos se confesaron y comulgaron en el día de la Comunión general, tanto viajeros como de la tripulación, desde el capitán hasta el último marinero, y siempre quedamos muy amigos...” (Aut. N.º 509). Un simple traslado territorial quedó convertido en una campaña misionera en medio de los mares.

Santiago de Cuba: gestos y acciones que confirman la Palabra anunciada

Llegamos, por fin, a tierra firme. No queda lugar a dudas que el caluroso 16 de febrero de 1851, en el puerto de Santiago de Cuba, desembarcó un obispo misionero, que llegaba con unos sueños y unos planes pastorales bien definidos y un selecto equipo para aplicarlos.

Ante todo y por encima de todo, misionero

Apenas llegó a la Isla, se dirigió al Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre para encomendarle el gobierno de la archidiócesis: ella sería *la Prelada*. Al volver a Santiago, comenzó una misión en la ciudad. En una carta dirigida a D. José Caixal, le contó: “No puedo explicar los grandes y copiosísimos frutos que estamos

reportando de la Sta. Misión... Antes de la Cuaresma hice misión al Clero y tuve tan buen resultado...” (EC 1, p. 469). El obispo estaba entusiasmado con las misiones y así lo siguió haciendo a través de las cuatro visitas pastorales que emprendió. El arzobispo dividió su equipo de colaboradores en dos grupos, uno que le ayudase en el gobierno (curia, secretaría, seminario, etc.), y el otro, que realizase las campañas misioneras, que él mismo concluía con predicaciones y confirmaciones, así pudo recorrer todas las ciudades, pueblos y, en la medida que le permitieron, las plantaciones y granjas de su jurisdicción.

Todo el ministerio episcopal de Claret está teñido de esta identidad misionera indeleble, no se entendería nada de lo que hizo si no se leyese desde esta clave misionera que le permitió descubrir las necesidades sociales y asumir compromisos con creatividad y audacia insospechadas en esta época.

Una realidad nueva que necesita conocer a fondo

Para no dar pasos inútiles en su gobierno, Claret tomó la decisión de conocer a fondo la realidad de su archidiócesis. Antes de viajar a Cuba trató de informarse lo más posible (EC 1, p. 517-529) y, apenas llegó al terreno, aprovechó las visitas pastorales para tomar contacto directo. Después de hacer la primera visita, escribió a La Reina: “Ya he recorrido, Señora, gran parte de mi vasta Diócesis; ya he palpado por mí mismo las llagas de que adolece; he estudiado el mal en sus resultados; he descubierto su origen, y no es otro que abandono y perfidia...” (EC 1, p. 647) Se dio cuenta de inmediato que estaba en medio de una realidad muy diferente a la que estaba acostumbrado a vivir en Cataluña y las islas Canarias.

¿Cuál era la situación de Cuba en ese tiempo? La isla más extensa de las Antillas contaba con amplios terrenos que la convertía en el escenario ideal para las plantaciones de caña de azúcar, tabaco y café. Estos productos constituyeron el *nuevo oro* de una época de países industrializados que buscaban ansiosamente materia prima para sus grandes negocios. Gracias, sobre todo, al azúcar, Cuba gozaba de un período de auge económico. Hugh (1973) tituló a la etapa comprendida entre 1825 y 1868 *La edad de Oro* y afirmó:

La riqueza de Cuba entre 1823 y el final del siglo XIX alcanzó altísimos niveles. Los prolongados poderes absolutos de los capitanes generales se convirtieron también en una verdadera dictadura... La esclavitud y el tráfico de esclavos, aunque este último era ilegal, eran las instituciones sobre las que se asentaban la riqueza y la dictadura. (p.304-305)

La población cubana había superado el millón de habitantes, de los cuales unos 450.000 eran negros, unos 60.000 chinos, unos 30.000 de varias procedencias, entre ellas, haitianos, franceses, ingleses, norteamericanos, portugueses, etc. El resto eran hispanos, de los cuales, la mayor parte habían nacido en Cuba y se les llamaba *los criollos*. La riqueza había traído tal progreso económico que, en 1830, Cuba fue el primer lugar de toda América Latina que contó con una línea de ferrocarril, incluso,

antes que la Metrópoli. Pero, desgraciadamente, este progreso se fundaba, sobre todo, en la sangre y los sudores de los esclavos. Se calcula que entre 1823 y 1865 entraron en la isla unos 400.000 esclavos, comprados en África; en 1841, constituían el 43,5 % de toda la población. También la Isla era un hervidero de ansias de independencia, pues, fueron años en que se multiplicaron los movimientos de sublevación contra España, situación que se agravaba por la fuerte división interna sobre este tema. Unos pretendían conservar el *statu quo* tal cual y otros anhelaban la independencia de España, ya sea de forma total o como anexión a los Estados Unidos que garantizaba la subsistencia de las leyes esclavistas.

A nivel eclesial, la Isla estaba delimitada en dos diócesis, la de La Habana y la de Santiago de Cuba. Esta última era la más antigua y abarcaba un territorio de 55.000 kilómetros y una población de 240.000 habitantes, para los cuales se contaba solo con 125 sacerdotes distribuidos en 41 parroquias. La archidiócesis llevaba 14 años sin arzobispo, ya que Mons. Cirilo Alameda y Brea, uno de los eclesiásticos más politizado del siglo XIX, tuvo que huir en 1837 para evitar ser encarcelado por haberse declarado abiertamente del bando carlista. Como se sabe, durante el siglo XIX español se desarrollaron tres guerras civiles llamadas “carlistas”, en las que se enfrentaron dos bandos: el “carlista” (conservadores) y el “isabelino” (liberales), según fuera el pretendiente al Trono que apoyaban. Esta prolongada ausencia del pastor había causado relajamiento en el clero y desatención pastoral, mucho más, si tenemos en cuenta que, en 1835, al igual que en la Península, fueron expulsadas todas las congregaciones religiosas, que eran las que llevaban la principal parte de la evangelización. El nuevo arzobispo se encontró con una situación precaria en todo sentido.

Como resumen podemos afirmar que entre los principales desafíos sociales de esta época cubana se encontraban: el lacerante problema de la esclavitud, las injusticias de parte de muchos comerciantes europeos convertidos en burgueses tiranos, la fuerte red de corrupción política que se había tejido, las escandalosas diferencias sociales, la crispada situación a favor o en contra de la independencia, la influencia de los Estados Unidos buscaba campos para ampliar su influjo económico, la prohibición de los matrimonios interraciales y una oleada anticlerical que procedía de grupos masónicos procedentes de Europa.

¿Cuáles fueron las claves del análisis de la realidad que hizo el nuevo arzobispo? En varias cartas, Claret reveló que su estudio de la realidad se dirigía, sobre todo, a descubrir las causas de los males que impedían que su pueblo viviese la fe en medio de su ambiente social. No fue un obispo espiritualista que se refugiase en el mundo intraeclesial, de espaldas a la realidad que sufría su gente. En la lúcida carta que dirigió al P. Esteban Sala, a los dos años de su llegada a Cuba, manifestó su preocupación al descubrir con dolor la presencia de “unos principios de destrucción, de corrupción y de provocación de la divina Justicia, que seguro que lo conseguirán” (Epistolario Claretiano I (EC I), pp. 704-707).

Para Claret, esos principios de destrucción no eran teóricos, sino que estaban encarnados de forma especial en tres grupos de personas que, en la misma carta,

enumeró y describió. Primero, *los abogadillos*, que eran jóvenes que habían estudiado derecho en EE. UU., que no vivían como cristianos y que favorecían los intereses de potencias foráneas. Segundo, *los negreros*, que eran personas que, si bien bautizaban a sus esclavos, vivían “como brutos” que no reconocían la dignidad del ser humano, trataban a los hijos de Dios como si fuesen caballos o yeguas e impedían la evangelización de los esclavos. Tercero, *los grandes comerciantes*, de los que afirmó: “son pésimos, nunca confiesan, ni comulgan, ni van a oír Misa, todos viven amancebados, o tienen ilícitas relaciones con mulatas y negras, y no aprecian a otro Dios que el interés”.

En la carta dirigida a la Reina, que ya hemos mencionado, Claret profundizó en las raíces de los males sociales y habló del *abandono* y la *perfidia*. Se refería al *abandono* en que se encontraba el pueblo sencillo, porque el clero no estaba suficientemente formado y porque a las autoridades civiles, movidas por intereses mezquinos, no promovían ni la justicia ni la paz. También, se refería a la *perfidia* que suponía el proselitismo de las sectas protestantes, que alentaban en los isleños la confusión religiosa y la desafección a España. En medio de los inevitables condicionamientos ideológicos del siglo XIX, el arzobispo acertó con la raíz de los males: la falta de líderes preparados y la necesidad de una educación católica integral. Llegó a decir con énfasis a la Reina:

“No dejemos la educación en manos de especuladores como si fuera una mercancía cualquiera; prescindamos de preocupaciones, y si encontramos un instituto sabio y santo en la Iglesia y capaz de amalgamar perfectamente las luces del siglo con la luz del evangelio; llamémosle en nuestra ayuda... miremos solo a los males de la sociedad que exigen pronto remedio...” (EC I, p. 650).

Al agudizar su mirada para detectar los *males* de su archidiócesis, Claret nunca perdió de vista el conjunto de la realidad, pues, también supo descubrir sus *bondades*. En la misma carta dirigida al P. Sala afirmó: “El pueblo no puede estar en mejor disposición, todos asisten a la santa Misión y a recibir los santos sacramentos...” (EC I, p. 706). En una carta anterior, dirigida a D. Fortian Bres, afirmó: “... no se puede figurar la docilidad de estas gentes, el fruto que han hecho las misiones y están haciendo actualmente; qué fervor!, qué devoción!...” (EC I, p. 620). El arzobispo percibió el alma religiosa de sus fieles abierta a las semillas del Evangelio y supo que valían la pena todos sus afanes misioneros y sus desvelos por mejorar su vida espiritual y social.

Llama la atención que Claret rompa los moldes eclesiásticos de la época al hacer este tipo de análisis de la realidad tan perspicaz y audaz, aun cuando no se contaba con los actuales recursos sociológicos. Él no era un estudioso teórico de la realidad, era un misionero que se preguntó: ¿Por qué el mensaje del evangelio no arraigaba en el corazón de sus fieles y no impregnaba su vida social y cultural? Era un hombre práctico que analizó la realidad para emprender con acierto sus acciones misioneras.

Su vida pobre, como la de Cristo, respuesta radical a la injusticia social

Claret, al hablar de la pobreza como virtud apostólica, nos presentó un atinado análisis de la sociedad liberal que le tocó vivir:

Veo que nos hallamos en un siglo en que no solo se adora el becerro de oro, como lo hicieron los hebreos, sino que se da culto tan extremado al oro, que se ha derribado de sus sagrados pedestales a las virtudes más generosas. He visto ser esta una época en que el egoísmo ha hecho olvidar los deberes más sagrados que el hombre tiene con sus prójimos y hermanos, ya que todos somos imágenes de Dios... (Aut. N.º 358).

Este diagnóstico corresponde de forma especial con la realidad que encontré en la sociedad cubana, tan llena de injusticias y diferencias sociales, fruto de la codicia y la avaricia de mercaderes y políticos. Es significativo que la primera acción que emprendió para luchar contra este sistema injusto e idólatra no fueran acciones externas, sino una decisión radical que comprometiese su propia vida: “Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza” (Aut. N.º 359).

Claret no era un activista social que soñaba, ilusoriamente, cambiar el mundo, sino, fue un apóstol de Jesucristo que sabía que solo podía enfrentar el mal, tal como lo hizo su Maestro: “Me acordaba siempre de que Jesús se había hecho pobre, que quiso ser pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza...” (Aut. N.º 363). Son muchos los testimonios sobre la pobreza del arzobispo, por ejemplo, el P. Juan Nepomuceno Lobo, uno de sus colaboradores más cercanos, escribió al P. José Xifré afirmando del Santo: “pobrísimo en su persona y ajuar y en cuanto a su persona se refería, modesto en sumo grado, amante de los pobres...”.

Preferencia por los preferidos del Señor, los pobres y necesitados

No bastaba con ser un misionero pobre, su afán por configurarse con Cristo lo llevó a optar de forma preferencial por aquellos que Jesús prefirió, los más pobres y necesitados. No dudó en dedicarles su tiempo, sus mejores esfuerzos, incluso, una buena parte de su sueldo y de sus rentas. *Studia Claretiana* ha publicado una carta del P. Juan Nepomuceno Lobo, en que afirmó: “El empleo que hacía de sus rentas era como convenía a un verdadero apóstol: todo en beneficio de los pobres...” (1998, p. 144). El balance que el mismo Claret hizo, en su autobiografía, de su labor como arzobispo es elocuente:

Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres. Todos los lunes del año, durante el tiempo de mi permanencia en aquella Isla, reunía a todos los pobres de la población en que me hallaba... y muchísimos se confesaban conmigo, porque conocían el grande amor que les tenía, y a la verdad, el Señor me ha dado un amor entrañable a los pobres. (Aut. 562)

Más adelante afirmó: “Para los pobres compré una hacienda en la Ciudad de Puerto Príncipe...”, “También puse en la Diócesis la Caja de ahorros cuyo Reglamento y aprobación está en la misma obra, para utilidad y morigeración de los pobres...”, “También visitaba a los presos de las cárceles; les catequizaba y predicaba con mucha frecuencia, y después les daba una peseta a cada uno...”, “visitaba con la misma frecuencia a los pobres del hospital...”, “Era presidente de la Junta de los amigos del país; nos reuníamos en Palacio y nos ocupábamos todos de los adelantos de la Isla; procurábamos oficio a los muchachos pobres...” y “Facilité los matrimonios a los pobres...” (Aut. N.º 563-572).

Entre los pobres que tuvo que atender se encontraban, también, sus propios sacerdotes. A los pocos meses de llegar a la Isla, el 27 de mayo de 1851, escribió una circular a su Clero diciéndole: “Viendo en primer lugar con nuestros propios ojos el estado triste de miseria a que muchos de vosotros os halláis reducidos, hemos resuelto representar a S.M. la Reina... sobre este punto y enviar un Prebendado que entregue la exposición al Gobierno...” (EC I, pp. 512-514). Así lo hizo, envió a Madrid al P. Jerónimo Usera llevando dos amplias cartas, una para la Reina (EC I, pp. 515-525) y la otra para el presidente del Consejo de Gobierno (EC I, pp. 526-534), en las que expuso la calamitosa situación del clero y pidió el urgente aumento de sus dotaciones. Al final, el cambio fue significativo. El mismo arzobispo se rebajó el sueldo para mejorar el de sus sacerdotes. El mismo Claret dejó constancia de este cambio:

En mi tiempo se hizo el arreglo y aumento de la dotación del clero, tanto de la Catedral como del parroquial; aquella se aumentó y la mía disminuyó; antes, el arzobispo tenía 30.000 duros y la cuarta parroquial, que le valdría 6.000 duros, y a mi tiempo se puso a 18.000, sin cuarta ninguna (Aut. N.º 551).

Para ver las muchas gestiones de Claret en este campo pueden seguirse los aportes de Sidera, 1944, p. 35-59.

El ministerio episcopal de Claret tuvo predilectos muy claros. Los pobres ocuparon el centro de su corazón porque sabía que en ellos servía al Señor. Se trataba de un amor de predilección que no excluía a nadie, tal como lo vivió su Maestro, así lo testimonia el P. Lobo, que afirmó de Claret: “amante de los pobres, asequible a todos, solícito del bien general y particular con entrañas de verdadero padre para todos, siempre amoroso para atraer a Dios a todos...” (p. 144). En los momentos más difíciles, esta predilección se hizo más palpable, así se trasluce de un número de la autobiografía de Claret: “Durante la peste o cólera, todo el clero se portó muy bien día y noche. Yo y todos los sacerdotes estábamos siempre entre los enfermos socorriéndolos espiritual y corporalmente” (Aut. N.º 537); lo mismo se podría decir de los duros momentos en que los terremotos azotaron la Isla.

“Y así como lo conocí, lo puse por obra” (Autobiografía N.º 539): un misionero práctico y eficaz

Esta frase, que Claret utilizó para expresar su opción por abrazar la pobreza radical de Jesús, nos puede servir para resaltar el estilo intuitivo y práctico que tenía no solo en los propósitos de su vida personal, sino también en sus planes apostólicos. El arzobispo estudió la realidad de su tiempo y sacó algunas conclusiones prácticas para su ministerio. Es providencial que entre sus Manuscritos se haya encontrado un documento citado por Fernández (s.f.) titulado Males que se han de corregir, que se convirtió en la línea social de su plan de gobierno como respuesta a los problemas detectados. Al señalar los males, propuso sus respectivos desafíos: atender la instrucción de los niños y las niñas, instituir las casas de caridad, dotar de buena atención a los hospitales, garantizar el buen funcionamiento de las cárceles, instaurar cajas de ahorro, publicar libros de enseñanza y promover espacios lúdicos positivos para evitar la ociosidad y los vicios.

Acompañemos de forma más cercana al arzobispo en sus correrías apostólicas, fijándonos, especialmente, en cómo esas acciones de su Plan no quedaron solo en el papel.

Esfuerzos por la estabilidad familiar

Claret encontró en el amancebamiento uno de los problemas más difíciles de enfrentar, no solo porque iba contra la moral católica, sino, también, porque era la causa de un mal social muy grave que desestabilizaba a la familia y dejaba a las mujeres de color y a sus hijos en condiciones de total abandono. Citado por Lozano (1985) El general Concha, uno de los capitanes generales de esa época, en sus Memorias, escribió al respecto:

Ningún país cuenta, por estas circunstancias, en proporción a su población, mayor número de niños abandonados, tanto en la clase blanca como en la de color, los cuales, si no son recogidos en los establecimientos de beneficencia, perecen o se convierten en esos elementos funestos para la sociedad, que más tarde pueblan las cárceles y los presidios.

Después de su primera visita pastoral, el arzobispo escribió al ministro de Gracia y Justicia, D. Lorenzo Arrazola: “He hecho nueve mil matrimonios de amancebados públicos, resultando legitimados más de cuarenta mil naturales. He reunido cerca de trescientos matrimonios desunidos...” Después de esta gozosa noticia, paradójicamente, expresó su deseo de renunciar a su cargo:

Yo suplico a V. que... me ayude cuanto pueda, así como en sostener mi renuncia, porque yo he cumplido con lo que podía hacer, que es dejar entablada la reforma general de costumbres; pero no me es posible. No me faltan contradicciones, antes las experimento grandes, especialmente por no poder transigir con ciertas disposiciones vigentes sobre matrimonios entre diversas razas...(EC I, p. 830)

¿Cuáles fueron esas contradicciones? Claret, en la misma carta, denunció la existencia de *un baluarte de los amancebados*, se refería a la Real Cédula de 15 de octubre de 1805, que requería el permiso del gobernador para que los de conocida nobleza y notoria limpieza de sangre pudieran contraer matrimonio con mulatos, negros y otras razas. Una ley puesta para salvaguardar los intereses de los comerciantes europeos que iban a la Isla con miras de enriquecerse y volver a sus tierras, pero que dejaba en el abandono a las mujeres de las que se servían. Amparándose en una interpretación amplia de esta legislación, se volvió una costumbre que todos los blancos se considerasen de *notoria limpieza de sangre* y tengan una excusa para evitar las responsabilidades del matrimonio. Claret rompió con esta costumbre y asumió *una interpretación estricta de la ley*, por eso, procedió a celebrar matrimonios entre razas mixtas, todo un gesto profético que le trajo muchos problemas con los más poderosos de la Isla.

De acuerdo a sus *Escritos pastorales*, Claret estaba convencido de que los amancebados no solo ofendían a Dios y se perjudicaban a sí mismos, sino que abandonaban a los hijos y dañaban el bien público de la sociedad (p.274); por eso, se enfrenta con todas sus fuerzas a este problema. Hace los mayores esfuerzos en el campo religioso: “Facilité los matrimonios a los pobres y a los que no hallaban la partida de bautismo, a fin de quitar amancebamientos”. (Aut. N.º 572); las misiones populares fueron la plataforma más práctica para conseguir este objetivo. También escribió a las autoridades civiles para que no entorpeciesen los trámites. Fue muy exigente en este tema, incluso, utilizó medios de presión que en nuestra actual sociedad secularizada no nos podemos imaginar posibles, pero que en su contexto histórico fueron un signo de su preocupación por defender los derechos de los desprotegidos; por ejemplo, exigió a los magistrados de la Real Audiencia de Puerto Príncipe que firmen una sentencia por la que obligaban a los funcionarios de la administración a colaborar con él y con sus misioneros otorgándoles las listas de amancebados de cada población. Las denuncias, las amenazas y las persecuciones de quienes veían peligrar sus privilegios se multiplicaron e hicieron sufrir al arzobispo, pero no se amedrentó y continuó.

Compromiso por una educación integral y de calidad para los pobres

De acuerdo a Buch (1947), Claret intuyó que la base segura de una reforma social de largo alcance se encontraba en el establecimiento de una educación integral y de calidad. Comenzó por la renovación y la capacitación de su clero y la reorganización del seminario de San Basilio, pues, los sacerdotes eran los educadores de la fe del pueblo. Hizo del seminario no solo un buen centro de formación sacerdotal, sino que, ante la falta de centros educativos de calidad, lo convirtió en un instituto con relieve universitario que formó a numerosos jóvenes de su época (p. 27).

También se comprometió –según Lebroc (1992) con la educación civil, pese a la oposición de un influyente grupo de la sociedad que consideraba peligrosa la capacitación de la juventud en un territorio colonial, ya que podía ser causa de turbulencias y reformas (p. 112). En la carta dirigida a la Reina después de su primera

visita pastoral dejó muy claro su compromiso con la educación: “no dejemos la educación en manos de especuladores como si fuera una mercancía cualquiera...” (EC I, p. 650). Claret sintió la responsabilidad de buscar buenos educadores, por eso hace todas las diligencias posibles para que el Gobierno permitiese la llegada a Cuba de algunos institutos religiosos. En 1852, una Real Cédula les abrió las puertas de la Isla, pero los superiores generales no pudieron responder al pedido del arzobispo por falta de personal; solo los Escolapios llegaron para fundar una escuela en Camagüey, mientras que los Jesuitas y los Paúles llegarían cuando el arzobispo ya había dejado la Isla.

En su autobiografía, Claret dejó constancia de que: “visitaba siempre y en todas las poblaciones las escuelas de niños y de niñas y platicaba en ellas a los Maestros y Maestras y a los discípulos y discípulas” (EC I, p.560). Más aún, para atender la educación de las niñas pobres, fundó, con la Madre Antonia París, el Instituto de Religiosas de María Inmaculada, dedicadas a la enseñanza.

El proyecto social de educación y promoción humana más apreciado por el arzobispo, sin duda, fue la Escuela-Granja de Puerto Príncipe. El mismo Claret escribió: “Para los pobres compré una hacienda... Cuando salí de la Isla llevaba gastados de mis ahorros veinticinco mil duros”. Hizo esta compra en 1855 y nombró a uno de sus más íntimos colaboradores, el P. Paladio Currius, para que se dedicase a la planificación y supervisión de su construcción. Dejemos que Claret nos relate su visión:

El Plan de esta obra era recoger a los Niños y Niñas pobres, que muchos de ellos se pierden por las calles pidiendo limosna. Y allí se les había de mantener de comida y vestido y se les había de enseñar la Religión, leer, escribir, etc., y después arte u oficio, el que quisiesen, y una hora, no más, cada día, los niños habían de trabajar en la hacienda, y con esto ya se les podía mantener con las viandas que producía la misma hacienda; y todo lo demás que gasasen se había de echar en la caja de ahorros. Por manera que cuando saliesen de dicha casa habían de tener instrucción y además habían de haber aprendido algún arte u oficio, y se les había de entregar lo que ellos hubiesen ganado. (EC I, p. 564).

El proyecto recibió el nombre de “Casa de caridad”, en clara referencia al mote de su escudo episcopal (EC I, p. 1089). Claret consideraba esta obra como el fruto maduro de la caridad de Cristo que lo urgía a amar a los niños y jóvenes más pobres. No escatimó ahorros ni esfuerzos en dedicarse a sacar adelante este difícil sueño. Lamentablemente, después del atentado de Holguín, las obras se resintieron y disminuyó el ritmo de trabajo, hasta que, a su vuelta a Madrid, el proyecto no fue continuado por nadie. Nos quedó un proyecto que ilumina nuestro compromiso social hoy.

A favor de una economía solidaria

La riqueza en Cuba, en la época de Claret, crecía considerablemente, pero estaba en manos de una minoría que se aprovechaba de la pobreza de la mayoría. Cuando los trabajadores, los artesanos y los pequeños propietarios necesitaban de algún crédito para emprender algún negocio o proyecto, no tenían otra posibilidad que abandonarse en manos de la usura de los grandes mercaderes que les exigían inflados intereses y los empobrecían más. El arzobispo consideró oportuno establecer en su archidiócesis la Caja de ahorros, una institución de economía solidaria que había sido creada en 1803, en Tottenham, cerca de Londres, por doña Priscila Wokefield, y que venía dando muy buenos resultados en diferentes lugares.

El primero de enero de 1854, Claret publicó el *Reglamento de la Caja parroquial de ahorros, o sea depósito y guarda maternal* que él mismo redactó y que, después, fue publicado como parte de su obra *Las delicias del campo*. Al leer con detenimiento el Reglamento se nota que buscó impregnar de espíritu evangélico esta institución (p.326). En la introducción del Reglamento, él mismo expresó las motivaciones que como arzobispo tenía: “Deseoso de conservar las buenas costumbres que ha enseñado (el arzobispo) de palabra y por escrito, de promover la moralidad pública, y fomentar al propio tiempo la agricultura y las artes mecánicas, la instala en su diócesis como medio eficaz al efecto”. Esta iniciativa social fue aprobada por el Capitán General, el marqués de la Pezuela, el 15 de febrero de 1854 (EC I, pp. 330-331).

Claret deseaba que se estableciese una Caja de ahorros en cada parroquia para educar a la gente en la virtud del ahorro y evitarles caer en la usura de los mercaderes. Este proyecto no quedó en mero deseo, él se encargó de ponerlo en práctica, por ello cumplió con lo que decía el Reglamento: “El mismo prelado ofrece prestar mil pesos fuertes a cada parroquia para empezar esta grande obra de caridad” (EC I, p. 327). Cada Caja de ahorros estaba en manos de un equipo de tres personas: el párroco, un miembro del gobierno y uno de los fieles de la parroquia que inspirase más confianza por su moralidad, religiosidad y filantropía. Estas personas elegidas por el arzobispo trabajaban *ad-honorem* y cada una tenía una de las tres llaves de la caja en la que, cada domingo, se depositaba o retiraba el dinero, así se garantizaba la transparencia en este delicado asunto. Además, el obispo revisaba los libros de cuentas y evaluaba la buena marcha de cada Caja de ahorros en las visitas pastorales.

Para evitar cualquier comentario sobre una posible intención de enriquecimiento, determinó que no le devolvieran el dinero que había otorgado al inicio y que los beneficios que se consiguiesen sean repartidos entre las viudas pobres, como limosna, y entre las doncellas honradas, como premio a su virtud. Como vemos, esta audaz empresa financiera rompió, nuevamente, los moldes del típico prelado encasillado en sus estrictas labores pastorales. Claret se da cuenta de que la vivencia de la fe está fuertemente condicionada por la economía y se preocupa de ayudar a los más necesitados a superar sus carencias y los peligros de exclusión. Por una carta que

escribió al P. Paladio Currius sabemos que un año y medio después de su salida de la Isla, las Cajas de Ahorros siguieron funcionando (EC I, p. 1685); lamentablemente, después no se les dio continuidad.

Apuesta por una agricultura más justa y de mejor calidad

Claret se dio cuenta, de inmediato, de que se encontraba en una tierra donde la agricultura era la principal fuente de trabajo, pero, al mismo tiempo, constató la formación deficiente y las malas condiciones laborales del campesinado. La caridad apostólica le movió a buscar, una vez más, el bien integral de sus feligreses. En el opúsculo *Reflexiones sobre la Agricultura*, nos explicó sus afanes en este campo: “Este amor y deseo de su bienestar me obligaba en el decurso de la misión y visita pastoral por las parroquias de los campos... a enseñarles el modo de sembrar y plantar e injertar...” (p. 299).

En esta pequeña obra de 22 páginas, publicado en 1854, Claret expone sus propias reflexiones y consejos para mejorar el trabajo en la agricultura, se siente en continuidad con los evangelizadores que no cerraron los ojos a las necesidades de sus fieles, antes bien, se comprometieron con una evangelización integral y liberadora. Entre ellos, resaltó el ejemplo del emblemático Bartolomé de las Casas, del cual dijo: “que tanto bien hacía a los colonos e indígenas con la Agricultura y otras industrias de que se valía, según le dictaban su celo y su caridad en estos vastísimos países de la América” (p. 299).

La mirada práctica y realista de Claret no solo le llevó a dar consejos útiles, sino a hacer una propuesta audaz, que sabía que toparía con los intereses de los terratenientes. En primer lugar, expuso su propia lectura de la realidad agrícola:

He observado que varios colonos laboriosos e industriosos, después que han trabajado mucho para hacer fructificar aquellas tierras y lo han conseguido, al tercer año son arrojados de ella o despedidos por el mismo dueño o por ambición de otro colono que ofrece mayor lucro al dueño que el primero. Esto es muy perjudicial al desarrollo de la industria, porque el colono por miedo de ser echado de aquel terreno ni lo cultiva ni lo hace fructificar, como lo haría si tuviera alguna seguridad de permanecer en él. (p. 299)

Como respuesta a estos desafíos, lanzó la propuesta de fijar una ley sobre los arriendos de los terrenos para evitar los injustos desalojos; más aún, propuso una reforma agraria de alcance regional, pero que bien podía iluminar la realidad de toda la Isla: “es de absoluta necesidad la división de los terrenos”, la repartición de los mismos entre los pequeños agricultores, sobre todo “en la jurisdicción de Tunas y Bayamo por la parte del Cauto”. El arzobispo estaba convencido de que cuando no hay propiedad segura “nadie las cultiva ni edifica casa en ella... solo levantan por interina providencia unos miserabilísimos bohíos” (p. 299). Ya nos podemos imaginar

cómo sonaría esta propuesta que iba en la línea del pensamiento de los socialistas y progresistas de su época. Lebroc afirma al respecto: “La vinculación del arzobispo con el reformismo agrario se nota a través de otro cubano ilustre, Francisco de Frías Jacott... quien aseveraba que sería lisonjero el destino de nuestra patria si se abriese un porvenir envidiable a la pequeña propiedad rural” (p.374).

Claret sabía que estas reflexiones, consejos y propuestas no dejarían indiferentes a sus lectores y que más de uno le exigiría que no se metiese en temas que no le correspondían, por eso, él mismo expresó sus razones para involucrarse en temas tan sociales en las *Reflexiones sobre la agricultura*, consignadas en sus *Escritos pastorales*:

¿A qué viene que un Prelado se ocupe de estas materias, cuando su elemento es la Sagrada Teología y Cánones y la moral cristiana? No hay duda que esta debe ser mi principal obligación; pero no considero fuera de razón el ocuparme de la propagación y perfección de la agricultura, ya porque influye poderosamente a la mejora de las costumbres, que es mi principal misión, ya también porque la abundancia y felicidad que trae a los hombres, las que estoy obligado a procurarles en cuanto pueda por ser yo su Prelado y Padre espiritual, a quienes tanto amo. Y como amar es querer bien, debo proporcionarles este grande bien y utilidad por medio de la agricultura. (p. 298)

De acuerdo a Lebroc, dos años después, es decir, en 1856, el arzobispo publica su segunda obra sobre agricultura, esta vez se trata de un libro más completo y detallado, que tituló *Las delicias del campo*. A través de citas de la Escritura y de autores “antiguos y modernos, nacionales y extranjeros” reivindicó el papel de la agricultura en la vida social y realzó su dignidad, en contra de quienes trataban de relegarla como un trabajo propio de las clases más bajas. A continuación, de forma didáctica, a través de unas conversaciones entre tres personajes imaginarios, presentó diferentes temas de formación geográfica y, sobre todo, agrícola, junto con consejos prácticos para aprovechar mejor la tierra y sus frutos. Por supuesto, también presentó notas bíblicas y espirituales que ayudasen a los campesinos a vivir una intensa relación con Dios en medio de su trabajo del campo (p. 381-386).

La aportación de Claret a la reforma agraria no se limita a las reflexiones y propuestas de su primera obra, como ya hemos reseñado, sino que intervino de forma directa en un plan para convertir en propietarios a los “guajiros” cultivadores de la tierra. El Marqués de la Pezuela, capitán general de Cuba, consultó al arzobispo sobre la situación de algunos extensos terrenos que antiguamente habían administrado los dominicos, pero que, a causa de la desamortización de 1836, estaban en manos de la Hacienda Real y, por orden de una Real Cédula, estaban a punto de ser vendidos para restituir este dinero a la Iglesia. El arzobispo respondió: “Estos terrenos... deben adjudicarse con preferencia si no con exclusión a los pobres que los han cultivado o

puedan cultivarlos como colonos, excluyendo a los ricos, o a lo menos posponiéndolos de las cortas propiedades que se enajenen” (EC I, p. 987).

Claret finalizó su carta diciendo:

A más de esto, una clase muy numerosa y lo más útil para el cultivo encontrará un estímulo poderoso para fomentar con su trabajo la gran riqueza que ofrece el feraz suelo de la Isla, si se le asegura la propiedad de la tierra que beneficia con el sudor de su rostro. (EC I, p. 988)

Estaba convencido de que el sistema de repartición de tierras debía ser corregido para evitar tantas injusticias y no perdió la oportunidad de aplicarlos cuando estuvo en sus manos. Lamentablemente, cuando el marqués de la Pezuela iba a ejecutar esta medida en conformidad a las indicaciones del arzobispo, fue sustituido en la capitanía general por Don José Gutiérrez de la Concha, que actuó de forma muy diferente.

No podemos dejar de mencionar, en este campo agrario, unos rasgos que resaltan la sensibilidad ecológica de Claret como fue la idea de formar un jardín botánico que ayude a educar en esta sensibilidad a los cubanos; en su escrito *Reflexiones sobre agricultura* expone que “Se formará un jardín botánico y se plantarán los árboles y plantas del país que son susceptibles de alguna mejora y se mandarán traer de fuera los que se juzguen que aquí podrán dar felices resultados...” (p. 304). En la misma obra, la primera sobre agricultura, para combatir la tala indiscriminada de árboles, propuso que ante la “falta de tantos árboles, se debería precaver de antemano, v.g., dejando algunos bosques, plantando frutales y otros árboles de buenas maderas, etc.” (EC I, p. 304). Se refleja una sensibilidad ecológica que en esos tiempos, más bien, faltaba.

Sin meterse en “política” a favor de la justicia y la paz

Claret traía de su experiencia misionera en la convulsionada Cataluña la firme convicción de no meterse en asuntos políticos, pues, en Cuba necesitó hacer mayores equilibrios debido a la convulsa situación política provocada por los repetidos intentos de sublevación contra la Metrópoli. De hecho, así lo explica en su Autobiografía:

Como empecé las misiones el año 1840, en que nos hallábamos en guerra civil entre Realistas y Constitucionales, andaba con sumo cuidado en no decir alguna palabra de política a favor o en contra de alguno de los dos partidos, y, como yo predicaba en poblaciones de todos los partidos, debía andar con sumo cuidado, pues que, como he dicho, algunos venían a oírme para cogerme en alguna expresión...; pero gracias a Dios, nunca me pudieron coger (Aut. N.º 291)

El proceso emancipador del resto de naciones americanas había despertado en la Isla un gran entusiasmo por la independencia, pero estos anhelos fueron reprimidos de forma despiadada, por temor a que la Isla caiga en manos de los esclavos negros, como había sucedido en Haití. (Lozano, p. 266-271)

Las sublevaciones fueron controladas, pero la identidad nacional cubana se acentuó cada vez más entre los criollos, especialmente entre los intelectuales, escritores y personalidades de fuerte peso político y económico. Pese a tener raíces hispanas muy marcadas, sentían la distancia de una Metrópoli que, en 1837, había retirado a Cuba su condición de provincia española para someterla, como simple colonia, a la autoridad omnímoda de los capitanes generales. Las leyes liberales que gobernaban la Península no podían ser aplicadas en los territorios coloniales y, más aún, los diputados cubanos electos para las Cortes fueron excluidos de las mismas. Esta desafección hacia la Metrópoli iba a la par del interés que despertaba, cada vez más, la posibilidad de anexionarse a Estados Unidos, país cercano y emergente. Debe recordarse que Las anexiones norteamericanas de Texas, Nuevo México y California, entre 1845 y 1848, alentaban los deseos de la adhesión cubana, que resultaba apetitosa para ambos grupos. Por un lado, los estados esclavistas del sur de la Federación Norteamericana buscaban territorios para acrecentar el comercio y conseguir mayor apoyo para mantener su política pro esclavista. Por el otro lado, los grandes comerciantes cubanos estaban interesados en garantizar la estabilidad de la esclavitud, que era la base de su crecimiento económico y que en España ya estaba abolida por más que permaneciese vigente en sus colonias.

La situación de Claret como arzobispo católico y español no fue nada fácil porque, por un lado, había sido nombrado por el Papa para un servicio eclesial, pero, por el otro, era un oficial de la Corona, enviado por el Ministro de Gracia y Justicia, en un territorio colonial. Estamos refiriéndonos a una época en la que los poderes civiles y eclesiásticos se interferían y se apoyaban, sin una clara conciencia de una necesaria y legítima separación. Agravaba la complejidad del rol público del arzobispo, la amenaza de la influencia protestante que diversos grupos procedentes de los Estados Unidos propagaban. En una época en que, aún, no se había sensibilidad de apertura al diálogo ecuménico, esta situación fue vivida con espanto y con espíritu de combate. Claret, en parte, fue consciente de estos condicionamientos culturales y religiosos, pero su genial espíritu evangélico y misionero lo llevaron a trascenderlos en muchas ocasiones. Veamos a continuación un ejemplo bastante claro. En una carta al Capitán General dijo: “Ya sabe V.E. que nunca jamás me he metido en asuntos políticos, pero en esta isla se halla tan hermanada la religión con la política, que apenas se pueda hablar de la una que no se tope con la otra, aunque no se quiera...” (EC I, p. 580).

A pocos meses de llegar a la Isla, en agosto de 1851, el arzobispo fue testigo del segundo desembarco de Narciso López Urriola, junto a cuatrocientos treinta y cuatro hombres, para protagonizar uno de los intentos más importantes de sublevación a favor de la independencia.

De acuerdo a Bleiberg (1981), Narciso López Urriola. Nacido en Caracas (Venezuela) en 1798. Siendo joven se trasladó a España, donde combatió contra los carlistas y, después, fue nombrado gobernador de Valencia y general. Fue enviado a Cuba, donde ejerció como presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente y como gobernador de Trinidad. En 1848 fue obligado a exiliarse en Nueva York, donde

diseñó la bandera cubana y entró en contacto con los guerrilleros de la independencia y organizó dos desembarcos en Cuba.

López fue vencido, capturado y condenado a garrote vil junto con otros tres. A los pocos días, el arzobispo tuvo que pasar por Puerto Príncipe, lugar de la rebelión, donde tuvo que hacer muchos equilibrios para evitar el rechazo y la cerrazón de unos y de otros. Él mismo lo relató en su Autobiografía:

Empecé la misión (en Puerto Príncipe) y venían a ver si yo hablaría de las revueltas políticas en que se hallaba toda la isla de Cuba, pero singularmente la ciudad de Puerto Príncipe; pero al observar que yo jamás hablaba una palabra de política ni en el púlpito ni en el confesionario, ni en particular y privadamente, aquello les llamó muchísimo la atención y les inspiró confianza. (Aut. N.º 522)

Esta actitud prudente de no inmiscuirse en asuntos políticos espinosos, no le privó de la valentía de procurar la paz a toda costa. A pedido de los familiares de los condenados a muerte escribió dos cartas al Capitán General solicitando el indulto de los condenados. Lamentablemente, no consiguió nada, pero nos quedó el testimonio de un hombre que, sin meterse en asuntos políticos para garantizar su libertad misionera, se comprometió con la paz y la reconciliación, dando propuestas de soluciones alternativas y expresando opiniones que podían ser iluminadoras en el discernimiento de esa delicada circunstancia social. En la primera carta aludió a su deber de defender el derecho a la vida: “¿cómo me tendré por buen pastor de este rebaño que el Señor me ha confiado, si no procuro por todos los medios posibles salvar la vida de esos infelices que, aunque rebeldes e inobedientes a las autoridades, son súbditos y ovejas mías?...” Más adelante dijo: “V.E. me dirá que según toda ley deben morir; lo conozco, señor; pero también diré que a veces median tales circunstancias que aquellas penas que deberían ser capitales se conmutan en destierro o presidio...” (EC I, pp. 578-579).

En la segunda carta dio un paso más allá expresando su preocupación por el futuro del ambiente social de la Isla: “si se ejecuta esta sentencia, los ánimos siempre más quedarán rencorosos, y nunca jamás sus corazones quedarán españoles, y únicamente lo serán por fuerza y en el exterior; maquinando de continuo en sus interiores y aprovechando las ocasiones exteriores...” (EC I, pp. 586-587). Claret trata de no se mete en política, pero sabe que su presencia misionera le compromete con la defensa de la vida y la promoción de la paz.

Referencias

- Aguilar, F. (1871). *Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. Don Antonio María Claret*. Madrid. Imprenta de Pascual Conesa.
- Álvarez Gómez, J. (1993). *Misioneros Claretianos I: Retorno a los orígenes*, Madrid. Publicaciones Claretianas.
- Benedicto XVI. *Caritas in veritate*. (29 de junio de 2009). <https://www.vatican.va/content/>

[benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html](https://www.vatican.va/holy_father/francesco/encyclicals/encyclicals_documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html)

– Encíclica *Caritas in veritate*: N.º 22. Roma: Librería Editrice Vaticana. <https://cutt.ly/y8KRR1T>

Bleiberg, G. (1981). *Diccionario de historia de España*. Madrid: Libros Ramban.

Carreras, J. (1993). *Diccionari de la Llengua Catalana*, 3.ª ed. Barcelona. <https://dlc.iec.cat/>

Claret, A. (1997). *Escritos pastorales. Carta pastoral al pueblo*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos

– (1997). *Escritos pastorales. Las delicias del campo*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos

– (s.f.) *Manuscritos*, vol. XI.

– (2008) *Autobiografía y escritos complementarios*. Buenos Aires: Editorial Claretiana

Fernández, C. [1947]. *El Beato Padre Antonio María Claret*. Clotet, J. *Notas para los Anales*. Madrid: Editorial Cocusa.

Francisco. (2013). Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, N.º 177. <https://cutt.ly/X8KE7v2>

Lozano, M. (1985). *Una vida al servicio del Evangelio, Antonio María Claret*. Barcelona: Editorial Claret

Gil, J. (1970) *Epistolario Claretiano I*. Madrid: Editorial Cocusa.

Hugh, T. (1973) *Cuba, la lucha por la libertad, 1762-1909*. Barcelona: Editorial Grijalbo

Lebroc, R. (1992). *San Antonio María Claret, Arzobispo Misionero de Cuba*. Madrid

Lobo, J. (22 de enero de 1880). Carta del P. Juan Nepomuceno al P. José Xifré. Publicada en *Studia Claretiana*, XVI (1998).

Misioneros Claretianos. (2009). *Declaración de XXIV Capítulo General de los Misioneros Claretianos. Hombres que arden en caridad. Llamados a vivir nuestra vocación misionera hoy*. Roma.

Palacios, J. (2009). La acción social de San Antonio María Claret. *Studia Claretiana*, XXV.

Buch, E. (1947). *Del Santiago colonial...*, La Habana.

Sidera, J. Claret frente a la miseria del clero cubano. *Arxiu Claret-Vic*, IV, 48 (Marzo de 1944). pp. 35-59. <https://cutt.ly/z8KTuH2>

Wikipedia. (2021, 1 de abril). *La Revolución haitiana (1791–1804)*. http://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n_haitiana